

Bajo la coraza la herida abierta

[en torno a la poesía de Carlos Lázaro Roldán]

Por Javier Cabrera

El poeta catalán Eladi Crehuet, criado en su segunda infancia y juventud consciente en Santa Cruz de La Palma, en un poema cortísimo, de su libro *Cuaderno de Los Cancajos*, y de título ‘Ceño’, nos dice, en apenas dos versos: *Inútil armadura tu coraza, / que queriendo protegerte, te sangra*. Así es, probablemente, cómo este otro también aparente foráneo, Carlos Lázaro Roldán, aragonés, asentado consecuentemente en Las Palmas de Gran Canaria y fortificado en ella a través de la consciencia de la palabra, nos viene a ratificar que él también es de este mundo.

En este mundo nosotros con él compartimos su voz, aun la herida cerrada. Y en lo que a mí respecta, desde luego, si he de hacer uso de la palabra para referirme a la obra de Carlos Lázaro, lo haré, digo, del todo mal, porque cabe en mí, a la hora de la lectura, la pulsión del poeta que al poeta lee y hacia él va, nunca la del crítico aséptico, dado que no acabo de acostumbrarme a ello, y menos aún la del entendido o erudito- me libren los dioses del afán pedagógico- porque entraría de lleno en el laberinto de lo errático. Es, por tanto, la mirada del poeta la que se acerca y toca la piel en la voz del otro poeta.

Es, casi seguro, Carlos Lázaro Roldán un poeta desacostumbrado, de los que se ve pocos. Podría asegurar de él que es un poeta que llega tardío, si bien maduro, al mundo de la poesía e igual estaría cayendo en un engaño terminal. Porque antes de que su palabra se acostumbrara a verse representada en el alma de la tinta, en el esplendor del papel, mucho antes, ya su mirada había ejercido de oteador y mensajero sobre las tantas imágenes que la realidad liberara sobre su consciencia de veedor. Por tanto, calladamente, bajo el silencio lácteo, ha venido pergeñando Carlos Lázaro un amontonamiento consentido que ha dado resultado y explosión en sus dos primeros libros casi contiguos.

El primero de ellos titulado *Pasan los días*, editado el pasado 2012, casi a fin de año, y ahora este otro de título *Diálogos al sol*, de recientísima edición y al que hoy damos luz. Si para el prólogo del primer libro, el narrador Emilio González Déniz mantenía que la condición profesional del autor, la de médico, le hacía tomar consciencia inmediata, epidérmica casi –esta coletilla es mía– de la realidad circundante; que su ventaja al tratar tan de cerca los estados enajenados del ser humano, le predisponían a situarse al borde de los ojos de los otros y contemplar el mundo desde ese balcón de la mirada, desde ese abismo del dolor, compartiendo con el otro la angustia unas veces, la injusticia otras, y apareciendo como un vocero que emite la impotencia que le es

cercana. Sin embargo, en el prólogo de éste segundo, el también escritor José A. Luján se ciñe más al extremo poético que el libro depara, enunciando cómo el poeta parte y finaliza en la premisa de la realidad para desde ella lanzar el mensaje que, le interesa, haga mella en los otros, de quiénes refiere y a quiénes va destinado.

Se observa, por tanto, y en tan poco tiempo, cómo Carlos Lázaro Roldán pasa de ser el profesional consciente que elige la palabra para liberar un estado de cosas del ser humano que le desazonan, hasta transformarse en el autor, para el caso poeta, que persigue hacer tomar consciencia a ese mismo hombre al que ya le expresa, de manera directa, cuál es ese estado de cosas y cuál la decantación por la que él ha decidido exponerse. Porque eso es, finalmente, lo que un poeta hace cuando emite su mensaje: exponer y exponerse ante los otros que recibirán el latido de su voz en la circunstancia de la palabra.

De los poetas neófitos, me ahorro el término bisoño, suele decirse que se les perdona sus dos primeros libros, que éstos son, desde luego, pasos de aprendizaje y experiencia, donde la voz va tomando forma sin aún definirse y donde los preceptos, tanto de pensamiento como de resolución lírica, estarán siendo horneados para el próximo, y tercero, en el que, y ahí sí, el poeta deberá dar la pauta de su discurso, de su manera de enfrentarse al mundo y,

sobre todo, de entender cuál es ya el modo aclaratorio de la palabra poética. Parece, esa es la apreciación, que Carlos Lázaro Roldán se ha saltado esa premisa en un escalón, pues éste, sin ser un libro perfecto ni definitivo, que no lo hay, abarca una admonición por la que la voz del poeta ya aparece con una clara direccionalidad.

El salto cualitativo de un libro a otro es palmario. No sólo por los temas tratados o en los que reincide más hondamente, sino por la predisposición que el autor impone en el instante de acometerlos. En el cuidado con que arma el fraseado que sostendrá la palpitación del poema y, sobre todo, en la pulsión que ya recorre el ánimo de la mayoría de esos poemas y donde el poeta necesita, quiere, verse asentado. Es, desde luego, la poesía de Lázaro Roldán, una poesía alejada de la complicación de la retórica y el recurso en espiral, lejos de rebuscamiento del lenguaje para acabar diciendo lo mismo que ya quiso decir en el primer instante de ser pensada, de hacerse necesaria y de verse, finalmente, reflejada.

Es, por supuesto, la poesía de Carlos Lázaro una poesía cercana al sentimiento, nunca a la sentimentalidad, que suele ser el escalón peligroso por el que se baja a la cursilería. Lejos del primer impulso lógico del ‘yoísmo’ de todo poeta incipiente, está atravesada de una nueva conciencia civil y social que persigue,

distinguida de aquella otra consciencia o lucha de clase tan necesaria en momentos históricos críticos, la consecuencia humana de estar en el otro, donde la otredad no es otra cosa que saberse igual en el otro, en su padecer continuo o su corta alegría. Donde sombras y luces le quedan cercanas, ya más allá de su condición particular y personal, porque, y es el caso, le concierne lo que al hombre le ataña.

Así, en su poema ‘Canción protesta’ (pp. 75), nos dice: (...) / *Canción con letra herida de muerte. / Cantante con voz no escuchada / Canción protesta callada, / engullida en tramposo altavoz sabotado. / Canción sin letra. / (...)*. Donde hable, tal vez, de la voz silenciada a la fuerza. Y sin embargo, no concluye ahí el poeta y recurre, casi de inmediato, al juego irónico, recurrente en el libro, dando a entender que, desde luego, la vida habrá que contemplarla larga y aún con esperanza, porque no nos hunda el primer embate y, si llega el caso, y podemos, hasta vengarnos con gusto de ella; pues acaba el poema: (...) / *Un día el granjero afortunado / puso canción protesta. / Y las blancas aves, le picaron en sus huevos.*

La temática que trata el autor en sus poemas es amplia, pendular, y va de la alegría del momento íntimo a la consciencia del dolor permanente, del instante de lucidez para saberse vivo fuera de todo sistema o apariencia, o acogotado por la aparente

simple circunstancia de no saber adaptarse a la necesidad que la vida pregona. Los poemas, decía, quedan resueltos en modo y apariencia sencillos, es la suya, poesía que se delimita en la palabra directa, en el mensaje bañado de oralidad. Donde el afán de trascendencia radica, desde luego, no en lo que se emite desde el precepto del autor sino en lo que aperece al oído del que atiende; espero que el ojo del lector.

Y tal que introduje al inicio el sencillo pareado del poeta Crehuet, le busco aplicación al estado de Lázaro, diría alguno que aprovecho para sustentarme en ese injusto juego de palabras, pero no será como Lázaro que en la carne sufre sino que en ella mantendrá el poeta abierta la herida, bajo la coraza, bajo la piel límpida, allí donde el poeta y el hombre se sustentan y soslayan, donde la voz es la voz única que al hombre puede y donde, aún atravesado del dolor humano, el poeta emite hacia la conciencia de todos lo que de valor tiene hacerlo, sin más. A casi nadie, salvo excepciones, se nos llama a esta función, somos interlocutores entrometidos que voz afuera nos desmandamos anunciando, como lo hace Carlos Lázaro Roldán –me remito al poema ‘Mi vida’ (pp. 21)–, donde por boca ajena hace suyo: *Mi vida es la que veo, / la que respiro, / la que siento a su lado / y robo a mi compañero. Se hace uno con los otros y en ellos se diluye en la apariencia de no ser él quien late bajo ese impulso que, es evidente, tanto le atañe.*

El poeta hace un amplio recorrido por temas y asuntos que le son de sobra visitados por su condición de observador, que le son necesariamente íntimos por su estado de humanidad cercana, que le son soporte exacto donde establecer una denuncia, una gracia o, por qué no, un gramo de ironía justificada. Atado a la realidad, la que conforman la tierra y el agua, cómo no el aire e incluso el fuego necesario, establece los preceptos de sus principios donde se emparenta y se reconoce en el otro, sin distinción. Y como al inicio mantenía: bajo la coraza amable del poema se adivina la herida por la que abierta se transpira la necesaria consciencia.

Sólo me resta, y acabo, decir que para bien o para mal, en lo que a mí se refiere, claro es, la suerte me ha deparado el parabién de vestir ambos libros de Carlos Lázaro, en lo que a su traje exterior se refiere. Ahora, el poeta, me ha brindado la oportunidad de también adentrarme en el laberinto de la palabra asistida, y le quedo reconocido. Sólo espero que estas pocas frases mías hayan servido para aclarar, un tanto, o en algo, el compromiso que recorre y ambiciona su obra y su valor por hacernos partícipes de ella.

Las Palmas de Gran Canaria, abril de 2014.